

CONRAD Y LA HISTORIA

EN 1876, COLOMBIA ESTABA INMERSA en una guerra santa. Unas guerrillas conservadoras combatían un gobierno liberal en nombre de la religión con ímpetu de cruzados. En la batalla decisiva, en el Chanco, Cauca, participó Jorge Isaacs del lado liberal, “sus ojos negros chispeantes como fusiles” revelaban la intensidad de las pasiones políticas, el fragor de las luchas ideológicas que acabaron en vano, cabe decirlo en retrospectiva, con la vida de tanta gente. Las luchas políticas no envejecen bien. Con los años, parecen inanes, peleas de niños por un juguete.

Ese mismo año llegó al puerto de Sabanilla, en el norte de los Estados Unidos de Colombia, un adolescente polaco, Józef Konrad Korzeniowski, quien unos meses atrás había escapado al puerto de Marsella y se había embarcado en un velero francés que traía unas armas destinadas a unos combatientes feroces (que luchaban en nombre de dios en una tierra poseída no tanto por el diablo como por la locura ideológica). Muchos años después, ya con otro nombre, convertido posteriormente en novelista, Joseph Conrad habría de recordar su contacto con las costas suramericanas. Aleccionado por los discursos de su amigo R. B. Cunninghame Graham y por las anécdotas del colombiano Santiago Pérez Triana (la historia lo recuerda como uno de los primeros colombianos acusados de lo que hoy



ALEJANDRO GAVIRIA

llamamos un escándalo de corrupción), compuso su novela *Nostromo*, publicada en 1904.

Los comentaristas contemporáneos vieron en la novela una descripción incisiva del temperamento latinoamericano, “de las pasiones perversas y los ideales incomprensibles que llevan a hombres razonables a perseguirse como lobos”. Razón no les faltaba. Tristemente la novela sigue manteniendo cierta verosimilitud, sigue siendo, más de cien años después, una parodia acertada. Revela nuestra historia de violencia política. Describe las pasiones que han caracterizado esta parte del mundo.

En últimas, *Nostromo* sorprende por su precisión y su clarividencia. No solo las revoluciones, sino también sus protagonistas son recreados de manera precisa y clarividente. En particular, la descripción del general Montero, un militar sublevado, constituye un anacronismo al revés: un personaje de la realidad de estos tiempos inmerso en una obra de ficción escrita hace más de un siglo. Recuerda a Chávez y tantos otros.

El general Montero había nacido en la provincia llanera de Entre-Montes. Su origen humilde y su apariencia de “vaquero siniestro” contrastaban con su vanidad solemne: Montero solía adornarse con colgandijos dorados en las ceremonias oficiales. Su presencia tenía algo de “ominoso e increíble; la exageración de una cruel caricatura”. Sus maneras burdas le conferían una ventaja innegable sobre “los refinados aristócratas”. Sus hazañas en el campo de batalla le habían asegurado un lugar de honor en el

Tristemente la novela [Nostromo] sigue manteniendo cierta verosimilitud, sigue siendo, más de cien años después, una parodia acertada. Revela nuestra historia de violencia política. Describe las pasiones que han caracterizado esta parte del mundo.

ejército, pero no lograron mitigar su odio por el orden social prevaleciente. Tampoco impidieron sus embates revolucionarios contra el gobierno. La revolución monterista se hizo en nombre del honor nacional. El general logró reclutar rápidamente un ejército de malcontentos, alimentados “con mentiras patrióticas” y “promesas de pillaje”. La prensa monterista repetía a diario diatribas contra “los Blancos, los remanentes góticos, las momias siniestras, los paralíticos impotentes, quienes se han aliado con los extranjeros para hurtar las tierras y esclavizar el pueblo”. La precariedad ideológica de los discursos monteristas contrastaba con su eficacia para expresar las frustraciones del pueblo. Las frases vacías eran también eslóganes eficaces. Y terminaron, con el paso del tiempo, prevaleciendo sobre cualquier intento de ponderación. “La noble causa de la libertad no debe ser manchada por los excesos del egoísmo oligarca”, proclamaba orgulloso un comunicado monterista.

El monterismo arrinconó con rapidez a las fuerzas políticas moderadas. Después de la sublevación, los moderados acogieron los principios de Montero y se sumaron a la revuelta. A todas estas, los capitalistas apenas si podían pronunciar su discurso de siempre: “la búsqueda de utilidades tiene justificación aquí entre el desorden y la anarquía... porque la seguridad que ella exige terminará siendo compartida por los oprimidos y la justicia vendrá, entonces, por añadidura”. Más allá de la bondad de estos argumentos, el desarrollo fundado en los intereses

materiales parecía no tener cabida en una sociedad impacientada por décadas de exclusión. Los pronunciamientos monteristas al menos ofrecían un consuelo retórico, mientras el discurso desarrollista solo prometía beneficios lejanos y ganancias indirectas. En Costaguana, la república ficcional de la novela de Conrad, el pueblo había aprendido a desconfiar de quienes predicaban que su bienestar dependía del enriquecimiento de los poderosos y las empresas extranjeras.

Al final, el cinismo de Martin Decoud, el director de *El Porvenir*, un periódico conservador, describía la tragedia de Costaguana. “Después de un Montero vendrá otro, el barbarismo, la irremediable tiranía” y con ellos una sucesión de conflictos cuya “extravagancia es casi tan difícil de soportar como su perversidad”.

La visión de Conrad sobre América Latina, su capacidad para presentir un futuro dominado por la tensión permanente entre las promesas del “interés material” (y sus revoluciones calladas) y las de los populistas (y sus revoluciones ruidosas), es sorprendente. “La literatura —escribió Conrad— es historia, es la historia de los hombres, o no es nada”. ■